

**ESTA PIEZA HA SIDO  
ESCRITA GRACIAS A LAS  
APORTACIONES OBTENIDAS  
EN EL ARCHIVO GENERAL  
DE INDIAS DE SEVILLA,  
LAS REFLEXIONES DE  
WERNER HERZOG, GASPAR  
DE CARVAJALES, GASPAR  
CHILLÁN EL IRLANDÉS,  
SILVINO SANTOS Y CIRO  
GUERRA, Y MI SOLITARIO  
VIAJE EN BARCO DESDE  
MANAUS A TABATINGA ENTRE  
EL 25 DE NOVIEMBRE Y EL  
25 DE DICIEMBRE DE 2012.**

**Texto e imágenes** Álvaro Fernández Pulpeiro

## SIETE DELIRIOS

- 1 La idea que uno tiene del cine como expresión humana se esfuma una vez confrontada con las necesidades de carácter íntimamente épico que requiere el Amazonas.
- 2 Esto no es una crítica sobre la película de *Ciro Guerra, El Abrazo de la Serpiente*, la excusa por la cual escribo el artículo. Su film sucumbe dentro de una articulación narrativa que no permite la existencia de relatos ni reducciones, de mensajes o destinos, de filosofías o dolores y finalmente, del pasar o no pasar del tiempo, el paradójico tejido del mundo conocido como el Amazonas se impone sobre mis minúsculos deseos de relatar lo irrelatable.
- 3 Mi trabajo se asimila al del pasivo recipiente de la gracia de un Dios excitado por descargar su sexo, entendido como una condición post-orgánica, para iluminar momentáneamente la oscuridad que ciega y ensordece.
- 4 Me enmascararé en ciertos personajes y entidades, siempre portador de un mirar fatalista en el cual una eterna derrota se saborea al son del casposo y deformado Caruso, cuyo vinilo, como el celuloide que se procesa tras el alba, se derrite por culpa del pegajoso calor de la jungla que yace a ambos lados del angosto canal de un río entre miles o millones.
- 5 El exagerado lenguaje figurativo con el cual me expreso intenta emular a ciertas intensidades naturales, y a mirar con unos ojos nublados tanto por la fiebre como por el delirio de magnitud patéticamente heroica. Es una toma secuencia que se mueve sobre el eje Z.
- 6 El Amazonas existe, nunca se ha domado, ni por Google donde hasta los pixeles colapsan en una estéril nube verdosa, ni por filmaciones de la BBC en 4K que hacen parecer todo tan suave y aterciopelado, ni más recientemente por *El Abrazo de la Serpiente* donde en el B&W nos devuelve a una fascinación unitaria infantil y redentora en la que los Indios, los Blancos y los Árboles son uno solo y al mismo tiempo ninguno, renegando en cierta forma del diferente impacto que tiene la picadura de mosquito sobre la sensible piel blanca, dejando una montaña color rojo. Aquí, no queremos bálsamos, queremos dejarnos seducir por la promesa de una conquista, queremos volver a morir, nos regocijaremos en una amnesia crónica renegando del pasar del tiempo y buscaremos a los locos, fantasmas que se quedaron varados en la imposibilidad de abarcar un mundo que nos muestra inacabados a nosotros mismos, que nos avergüenza de nuestra incapacidad más grande, la de contar la historia de nuestro paso en la tierra, de la noche del cuerpo.
- 7 El Amazonas requiere que nuestras vidas duren para siempre. El Amazonas es el recuerdo de que en una vida no se puede contar hasta infinito, de llegar hasta el horizonte o de volar hasta el Sol. El Amazonas es el monumento a nuestra falta de humildad, y por eso el Cine, que es nuestro ojo artificial, muere o se empequeñece al enfocar hacia la jungla con pretensiones de coherencia humanas. Por eso no voy a embarcarme en una inútil crítica, pero si voy a viajar a través de la tinta, el celuloide y los Dispositivos de Carga Acoplada para finalmente entonar en coro junto a mis queridos fantasmas, que según es leyenda, orquestan bellas orgías dentro del más verdadero monumento humano a la jungla: El Teatro Amazonas de Manaus, sus ininteligibles cantos que narran su impotencia, su verdadera victoria, la de amar contra su sano juicio.

# EL ABRAZO DE LA SERPIENTE PLUMADA

El Amazonas y el colapso de la expresión Humana

Encarcelado por los Españoles en 1622, Gaspar Chillán el Irlandés o Jasper Dillon, escribe sobre su condición, la documenta con un lenguaje que percibe su inutilidad dentro de ese mundo que requiere una nueva forma de expresión, una nueva gramática de la imagen y el sonido. Con él entramos en nuestra toma secuencia que abarcará siglos sin que la aguja del reloj atreva a moverse. Todos nuestros fantasmas claman, enmudecidos por el caudal de un río que fluye condescendiente, su impotencia al intentar transmitir y organizar los latidos de el gran Amazonas.

∞  
Gaspar / 1622

¿Por qué sudan las paredes? Las raíces no respetan ni la dura piedra. La madera se resiste a morir. Los pájaros chillan miserables al ver que el sol brilla disipando la neblina de su dulce sueño, al que consiente la fría y cínica noche. Yo no me despierto ya que haga lo que haga seguiré dormido, escuchando mi propia voz, enterrada dentro de mi estómago, que ya no siente ni hambre. ¿Por qué sudan mis grilletes? Mis yemas ya no diferencian texturas ni los estados de la materia. En la pared toco al río y al mismo tiempo los rasgos de la más bella de las mujeres. No enloquezco ya que no existe referencia alguna de cordura, no sueño pues siento que se me está soñando a mí. ¿Y yo por qué no sudo? Toda esta articulación orgánica se ha olvidado de que yo también estoy hecho de carne perene, ¡desgraciada! humanizas todo lo inerte, esta pared, estos grilletes, dejándome a mí de lado, castigando mi arrogancia, el crimen por el cual estoy en esta prisión, una celda que no puedo situar dentro de realidad alguna. No respondas que ya lo se. Tinta y papel es lo que abunda, pero me faltan palabras no desgastadas por juicios ajenos, una gramática cuya estructura se pueda estirar y contraer, que no uní que sino desgarrar, mute y manche. ¿Cómo transmitir lo imposible? Donde cada vocablo se entristece al plasmarse sobre el papel, impotente intento de crear coherencia y contenido. Humano dema-

**NO, EL AMAZONAS  
NO ME DICTÓ  
UNA DIRECCIÓN,  
UNA MANOA,  
NO ME INCULCÓ  
MODERACIÓN,  
SINO EXCESO E  
INTOXICACIÓN**



siado humano es el deseo que tanto soñé y que ahora me sueña a mí. Me vine con la intención de capturar una esencia exótica, pero ese olor que pensaba divino, épico, heroicamente inmortal, saturó mi fosa nasal de tal forma que en vez de sublimar, nauseó mi cuerpo y quebró mi mente, castigándome a un eterno e inútil peregrinaje cuyas marcas dejo inscritas en este amarillento papel. Los vocablos no deben ser leídos como palabras en donde un signi cado prescrito por una coherencia histórica, la cual el Amazonas ignora, las hace ser luces dentro de la oscuridad; sino como trazos de un nuevo lenguaje, movimientos de una muñeca febril que quedan registrados como caminos a ninguna parte, como intensidades, éxtasis que en sus puntos más álgidos desgarran el papel. Oculto tras esas enloquecidas palabras yace el verdadero significado de mis trazados, de mi arte, mi vida; que no es ninguna máxima, ninguna doctrina didáctica, ninguna meta. No, el Amazonas no me dictó una dirección, una Manoa, no me inculcó moderación, sino exceso e intoxicación de todo tipo hasta que mi deleznable caja torácica se rompió a la mitad. Mis escritos son las palpitations de la jungla, una orgía musical desgarradora en la que yo perdí mi

cordura transcribiéndola sin jamás haberla entendido o conseguido tocar. Esos, mis trazos, camu ados tras la febril descripción de mi condición de soñador trágico que uno cree leer, son las in nitas canciones que entonará la jungla, que necesita nuestro delirio para nutrirse de esa desmesurada adulación que nos invade una vez consumidos por alucinaciones febriles que impone sobre el cuerpo y la mente esta cruel sobre-articulación de materia orgánica.

Y las paredes que seguirán sudando, y mi cuerpo se lo comen seis perros a 5,000km de distancia, y mi celda se va derrumbando, pero mi alma, mi fantasma camina por la calles que me dictó la jungla que cartogra é en mis miles de páginas y que nadie logrará transcribir mientras las lea buscando un mensaje y no un movimiento.

Hacemos un zoom-in sobre los trazos de tinta, esa partitura que sacrifica su cordura para ser representada por la virtuosidad del Amazonas. Los ecos ahora merodean sobre una bochornosa noche del Martes 7 de Enero de 1897, donde nalmente se inaugura el faraónico Teatro Amazonas, la Ópera cuyos mármoles están lacados de caucho y sangre. Música resuena en el atrio como si se tratase del Studio 54, hombres en opulentos atuendos, empapados por su sudor, señoritas de la sociedad bajan de las sublimes carrozas tiradas de tantos como cuatro soberbios caballos. El gobernador Eduardo Riveiro no ha escatimado en nada, el lujo abunda, los sirvientes, hoy vestidos en lino, mañana volverán a los seringales donde lucirán harapos carcomidos por los prehistóricos bichos de la jungla. En un par de horas, tras La Gioconda compuesta por Amilcare Ponchiale y escrita por Arrigo Boito basada en la famosa y muy de moda novela de Víctor Hugo, los ilustres asistentes, intoxicados por cuantiosas cantidades de champagne y brandy, se enzarzarán en peleas por posiciones políticas dispares que lue-



go reconciliarán con orgías en las que participan, primero un selecto casting de bellas y desinhibidas cortesanas de la alta sociedad y luego se unirán de manera forzosa mulatas cuyos desgarradores gritos aún retumban sobre la frondosa vegetación de la jungla de la que son y serán prisioneras. Todos los ecos de este faustoso festival los escucha desde su ventana un niño recién llegado de Portugal llamado Silvino Santos. Su único juguete es un cámara con la que documentará el Amazonas hasta su vejez, en la cual será poseedor de la mística virtud de ver y hablar con los fantasmas, pero solamente, según comentó a unos curiosos estudiantes de cine, siente la presencia de las grandes figuras del medio, empezando por F.W Murnau.

∞  
Silvino / 1921

Ya sumergidos en esa tinta que sigue sangrando tras trescientos años de reposo, buscamos las palpitations perdidas dentro del frenético eco que se intensifica tras cada gota de sudor que queda suspendida sobre nuestras pestañas, caminamos sin sentir las piernas, con los pies enrojecidos, cargando bobinas de celuloide. Delante nuestra, pensativo, vemos a un Portugués barbudo, sobre su cabeza un exótico sombrero de piel de leopardo, procesando tiras de celuloide a la sombra cercana al río, cuya agua re eja los tímidos rayos de la Aurora. Se hace tarde, la temperatura de la jungla sube rápidamente y si no se da prisa el celuloide se rizará. Los pájaros empiezan a chillar sobre la copa de los árboles, vuelan aturdidos como si estuviesen presos en una gigantesca jaula. Hoy Silvino Santos ha terminado de rodar la primera obra de magnitud cinemática filmada en su totalidad en el Amazonas, No Paiz das Amazonas, sus últimas tiras de celuloide cuelgan húmedas, se balancean, secándose gracias a la leve brisa que surca la orilla del río. El calor y la extrema humedad del despertar de la jungla hace que la tinta que mancha cada fotograma se corra levemente, dán-

doles una expresión grotesca a los objetos que plasmó su filmación. El hombre del sombrero de leopardo ni se inmuta, no siente frustración alguna ya que sacra su control a los caprichosos deseos de la floresta, que hablan y palpitan a través de esa degradación del film, que una vez se proyecte un rayo de luz a través de él, se magnificarán sus desgastes y ondulaciones, obra del Amazonas. Recogemos todo el material en bobinas, las montamos a una embarcación de vapor que nos devolverá a Manaus en 7 días.

Pero para su icónica proyección debemos esperar casi un año en el cual Silvino, como el gran técnico que es, se aísla del mundo dentro de su pequeño estudio frente al Teatro Amazonas. Se dice que puede escuchar las más altas notas de las sopranos mientras corta y pega celuloide. Su productor de origen Peruano, Julio César Araña, sanguinario barón del caucho y gran mecenas de la cultura en Manaus, se impacienta ya que quiere presentarla en la Expo de Río de Janeiro. Silvino, ajeno al pasar de los días y al contacto del exterior, meticulosamente trabaja sobre el material, pasa días observando esos diminutos fotogramas, que por culpa del tortuoso revelado muestran anomalías de carácter mágico. Sin darse cuenta ha formulado un nuevo lenguaje cinematográfico, una forma de expresión desconocida de la que él no tiene control. Similar a los escritos de Gaspar, el celuloide de Silvino registró no solo lo que la luz toca, sino, cual metrónomo poseído, un nuevo ritmo, una esencia oculta e invisible. Una substancia, la cual desde el primer idealizado contacto humano entró en contacto con la imparable intensidad del Amazonas. Su cine, por muy arcaico que ahora nos parezca, porta un importante registro que se muestra en cada fotograma degradado por el pasar de un tiempo bipolar y caprichoso, que no se contenta con nuestra noción simplista y reductora que intentamos imponer, un tiempo cuya moralidad nos es desconocida y alarmante. Silvino, sudoroso, casi en estado febril, mira atónito a cada una de estas imágenes, cuya morfología deconstruida por intervención cuasi-divina recuerda a las pinturas de El Greco. Queriendo crear un documental, serio y objetivo, Silvino Santos acaba de abrirnos los ojos a la primera ficción pictórica de la jungla, acción que lo enloquecerá, refugiándose en la religión Espirita, donde podrá racionalizar su don de poder entrar en contacto con fantasmas de grandes figuras del cine. Fantasmas del pasado y del futuro, todos como Gaspar Chillán, sobrevuelan esa sobre-articulación de vida, que desde un avión, hoy percibimos como un tedioso mar color verde intenso. Misteriosa promesa que al blanco, por su sed de apropiación, enamora hasta hacerle perder la cabeza. Esos son nuestros fantasmas, personajes contagiados por la terrible gracia del Amazonas,

**LAS IMÁGENES EN BLANCO Y NEGRO QUE CUBRÍAN LA PANTALLA SE EMPEZARON A ENTUMECER, CREANDO UNA GROTESCA IMPRESIÓN RALENTIZADA, QUE NO MARCHABA A TROMPICONES, POR EL CONTRARIO, CADA FOTOGRAMA SE DERRETÍA EN EL SIGUIENTE Y ASÍ SUCESIVAMENTE**

que consume y toma control de su mirada, manipulándola a su voluntad para que pueda transmitir lo imposible, orquestar la gran ópera, que finalmente articulará en un gran canto todos los deseos que mani esta la floresta en su gran totalidad. Cada soñador febril es la nota de una gran partitura que jamás será concluida.

Silvino presenta por primera vez No Paiz das Amazonas el 12 de Enero de 1922. Se proyecta en el Teatro Amazonas. Se trata de la primera proyección de cine en la jungla, un hecho histórico. Es un gran evento donde toda la sociedad del caucho atiende, fascinada por ese gran despliegue de luz proveniente de un Thomas Edison Vitascope. Una orquesta acompaña a las imágenes, la melodía retumba en todo el gran Teatro, cubierto por lindos frescos con motivos Amazónicos que ilumina una gran lámpara importada directamente de París. Silvino se sienta en primera fila, su estado físico e higiene dejan mucho que desear, se le ve exhausto. Tras terminar la función se queda a repasar el film, que acaba hipnotizándolo, hasta que a las 12am presencia una de esas fantasmagóricas orgías dialécticas que describe Werner Herzog en su diario la Conquista de lo Inútil. El pasado y el futuro colapsan en un no-tiempo, en el cual las varias notas sueltas que portan cada uno de esos soñadores febriles, sonarán al unísono.

(Silvino) – Werner – Ciro / (1922) – 1982 - 2015



12:00am 13 de Enero 1922: Era difícil creer lo veían mis ojos. Me quedé hasta medianoche, proyectando la película una y otra vez, como si quisiese invocar al más allá o erosionar el celuloide hasta que prendiese fuego. Los frescos de ninfas y sátiros envueltos por flores y árboles idílicamente tropicales parecían salirse de la pared, gritando, riendo y danzando hasta que un bucólico amanecer les despertase de su intoxicación dionisiaca. Las imágenes en blanco y negro que cubrían la pantalla se empezaron a entumecer, creando una grotesca impresión ralentizada, que no marchaba a trompicones, por el contrario, cada fotograma se derretía en el siguiente y así sucesivamente. Esa viscosidad comenzó a cubrir mi piel, a infestarme por algo que yo pensaba inerte y inofensivo, algo que era cicio y atrapado en su propia temporalidad. No. No era real sino un gran sueño. Pero, de nuevo, creí ya haberlo vivido todo en otros cuerpos fantasmagóricos, siervos de los humores que proyecta la jungla. Mi cuerpo se consumía poco a poco dentro de esa viscosidad brillante, re ejando todo el Teatro en su máximo esplendor. Todo se humedecía menos mi piel que se mantenía intacta, perfectamente lisa, casi transparente. Miré hacia el suelo y un caudaloso río me cubría hasta las rodillas. La proyección que atrapaba el celuloide se había liberado, ahora yo ya no soñaba al Amazonas, ella me estaba soñando a mí, derritiéndome en un ritmo penetrante, extraño pero conocido. Lo había visto en el celuloide dañado por la floresta, en esa tinta líquida, la misma que usaron y usarán todos los que pretendimos capturar a ese

mundo que nos captura a nosotros. El río reflejaba mi rostro, que reconocía a malas penas ya que parecía desvanecerse en las colosales nubes que sobrevuelan la copa de los altos árboles como si fuesen Zeppelines. Lo siguiente no lo puedo describir ya que carezco de palabras, solo es un sentimiento, pecios residuales que quedaron navegando sin dirección en mi amarga bilis. Todo cobró sentido, lo que antes era intuición, locura y obsesión, una punzada en el estómago, ahora lo podía sentir mirando tras mis ojos, siervos de un frondoso universo verde, que antes y después mía consumió a cientos de febriles soñadores. Yo era todos y ninguno, una solitaria nota que siguiendo los antojos de un gran compás se reencontraba con su pareja y se volvía a separar. Una orgía sobre y dentro de la jungla. Esa es una forma de verlo, una gran orgía en la que todos trabajábamos para llegar hacia un anhelado éxtasis, una última gran nota. Todos fantasmas, espíritus mutantes.

Dos miraron hacia atrás, y esa mirada duró todo una vida: (el fantasma de Ciro) Un pedazo de tu ser queda atrapado dentro de su cuerpo, como una memoria que deja una minúscula cicatriz. Ni mi sofisticado equipo técnico ni mi intención de reclamar la narrativa Amazónica, fueron tomados en cuenta. Yo quise contar una historia que creía enmudecida. Mi clamoroso y arrogante pecado, con el cual buscaba redimir a parte de mi código genético, fue explotar ese deseo tan ecológico y liberal de darle voz a lo que nunca la tuvo. Yo quise darle una temporalidad indígena. Yo quise



*majestuosa indiferencia y sarcástico desdén, todo lo minimizaba: las fatigas de los hombre, las carga de los sueños y los suplicios del tiempo.'*

Y abrí los ojos, se marcharon. A mi alrededor una centena de viejos libros. El calendario que cuelga en la pared apunta que es el 14 de Mayo de 1970, el día en el que suspiré mi última bocanada de aire. Pero mi fantasma sigue errante buscando huéspedes a los que habitar, soñadores con sed de conquista, generalmente artística, que se embarcaron dentro de el gran corazón de las tinieblas, que reniega de la dictadura del tiempo haciendo que voces pasadas

contar mi historia a través de un tiempo que yo creía diferente. Yo pensé que lo indígena vivía en paz con lo natural, que se le pueden llamar civilizaciones a las aglomeraciones de indios en el Amazonas. Yo buscaba el perdón, pero eso nunca lo pude admitir. El blanco y el negro, monocromática unificación de texturas en donde todos pertenecemos y somos iguales. Todo un romanticismo decimonono que vendí como progresismo del siglo XXI. El tiempo cíclico, el no-tiempo, quería combatir con la linealidad occidental. Pero ese fue mi gran error, mi gran fallo, el de querer combatir al blanco, el de darle el beneficio del ser dominante frente a la jungla, que reniega de cualquier diferenciación moral, ideológica y cultural. Creé diversidad racial y cultural dentro de un mundo que elimina toda terrenad, toda percepción de uno mismo como humano. Ahora, parte mía, como parte tuya, que también es mía, surca los confines de este mundo en busca a un desesperado que poseer, para volver a contar la misma historia de siempre, historia que jamás será inteligible para quien la mira desde fuera, dictando juicio redentor, como yo quise dictar.

*(El fantasma de Werner)* Y el día que me marché del campamento de rodaje en el Río Camisea me di cuenta de la gran falta de relevancia de todos mis sufrimientos mientras ofrecía mi cordura a la dichosa jungla. Lo que me mantuvo a flote fue hallar esa armoniosa relación entre la ópera y la abundancia natural del Amazonas. Pero no se me agradeció, ni reconoció por parte de este mundo que Dios creo en un ataque de ira. Y ahora, sentado sobre el porche de mi cabaña, viendo al río uir, a los pájaros gritar de dolor, a las plantas luchar, y a mi pulso temblar, finalmente reflexiono:

*'Miré a mi alrededor, y en el mismo odio en ebullición se encontraba, furiosa y humeante, la selva, mientras que el río, con*

y futuras puedan comunicarse dentro de una única y eterna esfera.

Una última reflexión. Este artículo está tintando por un lenguaje literario que nos ayuda a posicionarnos de múltiples formas en acciones que existen dentro de épocas distantes pero que comparten una misma intensidad. El cine en el Amazonas, siempre entendido como una herramienta de expresión, que al igual que la pluma, carece de un lenguaje óptimo para transmitir las pasiones que nacen en su corazón. Desde Gaspar Chillán a Ciro Guerra, pasando por Silvino Santos y Werner Herzog, hemos estudiado desde dentro, contando con una lírica recargada digna de esa abundancia natural, los peculiares efectos que produce el Amazonas en quien desea reducir su extenso cuerpo dentro de una narrativa coherente. Una vez más, algo que pensábamos haberlo soñado, cuando se confronta cara a cara, cuando su intensidad nos subyuga, empezamos a ser soñados por la selva hasta desperdigarnos en ese gran universo en donde el pasar del tiempo se torna en una sudorosa fiebre que mezcla lo que nosotros percibimos como el presente, el pasado y el futuro, lo ficticio y lo real. Y por eso nunca será posible imponer un juicio de carácter moral ni político sobre esos personajes que dejaron parte de su cordura interpretando la gran saturación de vida que es lo que desde occidente llamamos Amazonas. Y ese es el pecado original en el que hasta hoy participamos activamente, el no aceptar que la jungla supera nuestro inútil e infantil deseo por narrar historias didácticas que, como bien admite Herzog, el gran Río enmudece. ●